

EL ABANDERADO



LUIS ALBERTO HEIREMANS

EL ABANDERADO

© Herederos de Luis Alberto Heiremans, 1990.
© Pehuén Editores, 1990
María Luisa Santander 537
Providencia, Santiago, Chile
editorial@pehuen.cl

Inscripción N° 38.025
ISBN 978-956-16-0365-3

Primera edición, junio de 1990
Cuarta edición, mayo de 2007

Diseño y Diagramación
Pehuén Editores

Más información, actividades sobre este libro y otras lecturas recomendadas por edad en "Motivación para la lectura", www.pehuen.cl

Se prohíbe la reproducción o emisión total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.

Impreso en los talleres de
Imprenta Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE





Pepa de Oro (Margarita Barón) y Juan Araneda (Tito Bustamante) en la versión dirigida por Willy Sembler en 1987, en el Teatro de la Universidad de Chile.

Cornelia (Gabriela Hernández) y Juan Araneda (Mario Lorca) en la versión dirigida por Eugenio Guzmán en 1962.



EL ABANDERADO



Esta obra fue estrenada por el Instituto de Teatro de la Universidad de Chile, en mayo de 1962, en el Teatro Antonio Varas, de acuerdo al siguiente reparto:

ALFEREZ DE COLIGÜE BAJO
 OTRO ALFEREZ DE COLIGÜE BAJO
 MUJERES DE COLIGÜE BAJO

Franklin Caicedo
 Ramón Sabat
 María Valle
 María de la Luz Pérez
 Claudia Paz
 Flovio Candía
 Alfredo Mariño
 Eduardo Pérez,
 José Pineda
 Gabriela Hernández
 Andrés Rojas Murphy
 Lucho Barahona
 Domingo Tessier
 Fernando González
 Mario Lorca

HOMBRES DE COLIGÜE BAJO

CORNELIA
 CABO GONZALEZ
 CORNELIO TORREALBA
 BRUNA
 ZUÑIGA
 JUAN ARANEDA, alias EL ABANDERADO
 OTROS HOMBRES DEL BAILE
 DE COLIGÜE BAJO

Sergio Díaz
 Carlos Garrido
 Fernando Bordeu
 Mario Burgos
 Miguel Littin
 Luis Bravo

PEPA DE ORO	Carmen Bunster
EL TORDO	Jorge Lillo
YALA	María Castiglione
DORIS	Coca Melnick
ESTELA	Claudia Paz
CHELA	Raquel Vergara
SONIA	María Teresa Fricke
CANTANTE	Elga Cristina
GUITARRISTA	José Bravo
OTRO GUITARRISTA	Eduardo Pérez
CLIENTES	Fernando González Armando Cavieres
VENDEDOR	Ramón Sabat
OTROS VENDEDORES	Jorge Acevedo Carlos Quintanilla
VECINAS	María Teresa Fricke, Claudia Paz, María de la Luz Pérez, Coca Melnick, María Castiglione, María Valle, Elga Cristina
VECINOS	Hernán Poblete, Sergio Díaz, Hugo Pertier, Hernán Pinto, Luis Bravo
ALFEREZ DE LA CALAVERA	José Bravo
HOMBRES DEL BAILE DE LA CALAVERA	Heine Mix, Jorge Boudon, Eduardo Pérez, Hernán Pinto, Fernando González
ALFEREZ DE PEÑAS BLANCAS	Sergio Aguirre
DONOSO	Tennyson Ferrada
RIQUELME	Rubén Sotoconil
OTROS POLICIAS	Armando Cavieres, Jorge Acevedo, Carlos Quintanilla

Dirección: Eugenio Guzmán

PRIMERA PARTE

Escena Primera

En las afueras de un pueblo

Las mujeres están adornando una cruz con guirnaldas y faroles, mientras los hombres, capitaneados por un ALFEREZ, ensayan bailes y cantos. Estos van acompañados por sonidos de flautas y redobles de tambores.

ALFEREZ (*Cantando*):

Buenos días, santo leño,
con la mayor devoción
te saludo, cruz bendita,
donde padeció el Señor.
Donde padeció el Señor,
lo digo desesperado,
donde padeció y sufrió
pa' salvarnos del pecado.
Pa' salvarnos del pecado,
ahí derramó su sangre,
lo digo muy retumbante
en este sagrado leño.

MUJER 1 (*A Mujer 2*): ¡Cuelga ese farol del brazo!
 MUJER 2: Pero si ya tiene una guirnalda.
 MUJER 1: No importa. Hay que ponerle ropa aparente.
 HOMBRE 2: ¡Mírenla! ¿Y qué más le van a colocar?
 MUJER 1: De un todo, pues. Hay que vestir bien la cruz este año.
 HOMBRE 3: Para que se vea tan bonita como usted.
 MUJER 1: Ya, pues, déjese...
 HOMBRE 3: ¡Beh! Tan arisca de un repente.
(Vuelven a sonar las flautas y los hombres ensayan saltos del baile. Aparecen González y Torrealba, dos policías rurales).
 HOMBRE 2: ¡Ahí viene mi cabo González!
 HOMBRE 3: ¡Cabo! Teniente hay que decirle. ¿No ves que lo ascendieron?
 GONZALEZ: A cabo no más. Hay que ir despacito por las piedras. Teniente es todavía mi teniente Bruna... ¿Y en qué andan los brutos? Bailando como chuscas... con el perdón de las señoras.
 ALFEREZ: Preparando la partida, pues.
 GONZALEZ: ¿Y adónde se van ahora?
 ALFEREZ: Al pueblo de La Calavera, para la fiesta de la Cruz de Mayo.
 GONZALEZ: ¿Todo el baile se va?
 ALFEREZ: Entero, pues. Como todos los años.
 GONZALEZ: Pero déjeme que les presente... Torrealba. Acaba de llegar esta mañana y ya le tocó pega.
(Todos lo saludan).
 ALFEREZ: ¿Que ha habido algún disturbio?

GONZALEZ: ¿Que no oyeron?
 ALFEREZ: ¿Qué cosa?
 GONZALEZ: ¿No lo saben entonces?...
 HOMBRE 3: No, pues. ¿Qué?
 GONZALEZ (*Hace una pausa, se da tiempo*): Anoche cayó el Abanderado.
 ALFEREZ: ¿El salteador?
 GONZALEZ: El mismo.
 VARIOS: ¿Y cómo? ¿Dónde? Cuéntenos, pues...
 GONZALEZ: Si me dan algo para refrescar la garganta antes. La traemos seca con el polvo. *(Una de las mujeres va a buscar una botella con vino. Mientras, a Torrealba).* Aprovecha para soltarte los cordones. *(A los otros).* Todavía no se halla con los bototos. *(Torrealba obedece con gran alivio. Todos se acercan, rodeando a González).*
 HOMBRE 1: Cuéntenos, pues. No se haga de rogar.
 GONZALEZ: *(Después de beber)*: Ahí está mejor. Como lija la tenía...
 HOMBRE 2: ¿Lo mataron?
 GONZALEZ: Todavía no, pues. Si cayó anoche no más.
 HOMBRE 1: ¿Adónde?
 MUJER 1: Apostaría que fue en el cerro Pardo, donde dicen que tenía su escondite.
 GONZALEZ: Despacito... Soy yo el que voy a contar. Anoche, como a eso de las nueve, mi teniente Bruna recibió noticias de que habían visto al Abanderado.
 MUJER 2: ¡Ave María Purísima! Si hacía meses que no se sabía de él.

MUJER 1: Ya creíamos que se había ido a otro lugar.
 GONZALEZ: Le vinieron a decir que estaba donde la Pepa de Oro.
 MUJER 1: Remoliendo.
 HOMBRE 2: Pero si la Pepa de Oro es la madre del Abanderado.
 MUJER 1: Así es, pues. Miren lo que fue a echar al mundo.
 MUJER 2: Ella no es mejor. Pero es amiga de la policía, por eso que no le cierran el negocio y no la encierran a ella... *(De pronto se da cuenta de que está hablando frente a dos policías)*. Sin ofender a nadie, ¿ah?
 GONZALEZ: Hable no más, señora.
 MUJER 2: Era sin mala intención.
 GONZALEZ: Hable no más; pero si quieren saber lo que pasó, déjenme meter baza a mí.
 ALFEREZ: Cuéntenos no más, mi cabo.
 GONZALEZ: Bueno, le vinieron a decir a mi teniente Bruna que estaba donde la Pepa de Oro. A nosotros nos pareció raro. Hace la punta de años que no se ven. Se arrancó cuando era cabo. Y la Pepa ni siquiera desea oír hablar de él. Dicen que lo borró de su memoria.
 MUJER 2: ¿Entonces?
 GONZALEZ: Raro nos pareció; pero fuimos de todos modos.
 ALFEREZ: ¿Y quién se lo vino a decir?
 GONZALEZ: Esa es la cuestión. El que se lo vino a decir era uno que llaman el Tordo, uno que anduvo con el Abanderado un tiempo, salteador también..., pero ya cumplió su condena.

HOMBRE 1: Uno que lo conocía entonces.
 GONZALEZ: Así es. Por eso mi teniente Bruna y yo le dimos fe.
 ALFEREZ: ¿Y?
 GONZALEZ: Nos fuimos donde la Pepa de Oro con mi teniente y el Tordo. Golpeamos por la puerta de atrás. Adentro estaba la fiesta que ardía..., pero no pudimos hablar con la dueña.
 MUJER 1: ¿Por qué?
 GONZALEZ: Había ido para el Sur, a la ciudad, a buscar una pensionista nueva que le llegaba. Y ahí nos quedamos los tres... No nos atrevimos a entrar así, de golpe, por miedo a que se nos arrancara, y como no lo conocíamos...
 ALFEREZ: ¿No lo conocían?
 GONZALEZ: No, pues. ¿No ve que hace tantísimos años que anda arrancando? Y sin conocerlo, no podíamos agarrarlo.
 HOMBRE 1: ¿Y qué hicieron entonces?
 GONZALEZ: A mi teniente Bruna se le ocurrió una treta. Es medio pije, pero no se le puede negar que es recontra ocurrente. Le dijo al Tordo que entrara y, como él conocía al Abanderado, que se acercara a saludarlo y a brindar... Nosotros, por la ventana, estaríamos aguitando... A ver si me alcanzan otro traguito para refrescarme...
 ALFEREZ *(Irrumpe con un canto monocorde)*:
 El Iscariote altanero
 sin tenerle compasión

propuso en su corazón
entregar al Verdadero.

GONZALEZ: ¿Qué le pasa a ése?

ALFEREZ: Se me acaba de ocurrir un verso para la procesión.

Oyéndolo contar, se me ocurrió. (*Vuelve a cantar*).

Para entregarlo preso
se marchó con paso fijo;
así, al Divino Hijo
se atracó y le dio un beso.

GONZALEZ: Bueno, ¿soy yo o usted el que va a contar lo que pasó?

ALFEREZ: Perdóneme, mi cabo... A veces los versos escasean y hay que agarrarlos al vuelo. Siga, siga no más.

GONZALEZ: ¿No hay más interrupción?

ALFEREZ: Ninguna.

GONZALEZ: Sigo entonces. ¿Dónde iba?

MUJER 2: Estaban aguaitando por la ventana.

GONZALEZ: Vimos al Tordo acercarse a uno y ofrecerle un trago. Nosotros entramos con las carabinas cargadas. Comprenderán la trifulca que se armó. Las putas chillaban como lauchas, la cantora quedó con el grito pegado en la garganta y no sé quién retrocedió chocando con la ponchera, que se rompió como un espejo... Ese fue el momento que aprovechó el Abanderado para arrancar. Se lanzó por la ventana... y nosotros detrás. Se fue para el lado del cerro Pardo... y nosotros siempre detrás. Por ahí anduvimos perdiendo la huella y tuvimos que retroceder hasta que lo oímos cruzando el río. Lo seguimos, claro: hubo un tiroteo. ¡Hay que ver cómo

se defendía el hombre! Pero nosotros siempre detrás. Vadeamos el río, lo vimos trepar el cerro Grande... y nosotros detrás. Cruzamos el caserío que hay en la loma..., los ladridos de los perros nos iban diciendo por dónde se escurría..., y nosotros detrás, siempre detrás, como perros también persiguiendo la presa. Entonces se le ocurrió cortar para el tranque y nosotros...

HOMBRE 3: Detrás.

GONZALEZ: No, ahora nos pusimos por delante. Cortamos por la quebrada y lo sorprendimos en la ribera del tranque. Ahí cayó de rodillas, como un penitente. Mudo estaba y con la mirada de fiera.

MUJER 2: ¿Y?

GONZALEZ: Nada más. Lo amarramos y lo llevamos al retén, donde ahora está.

MUJER 1: ¡Mire lo que son las cosas! Cayó el Abanderado.

MUJER 2: ¡Y en buena hora!

GONZALEZ: ¿Les queda algo para tomar? Quedé seco.

MUJER 1: Gánese a la sombra mejor. Acá tenemos un chuiquito y acá nos puede terminar de contar...

(*Se alejan. Salvo Torrealba, que ha aprovechado para sacarse los zapatos durante el relato y que ahora se apresura en volvérselos a poner. Junto a la cruz hay una muchacha, casi una niña, Cornelia, que ríe al verlo confundido*).

CORNELIA: ¿Le duelen?

TORREALBA: Un poco. Me acaban de poner de servicio y todavía no me acostumbro con estas cuestiones...

CORNELIA: Hay que echarles un poco de cera. Aguarde.

(*Saca una vela de uno de los faroles que cuelgan de la cruz y con ella empieza a frotar el interior de los zapatos*).

TORREALBA: ¿Eso es lo que hay que hacer?

CORNELIA: ¿No lo sabía?

TORREALBA: Son cosas que uno nunca sabe. Sin la mujer, el hombre anda como perdido. (*Pausa*). ¿Y qué van a hacer con esa cruz?

CORNELIA: La estamos vistiendo.

TORREALBA: ¿Para qué?

CORNELIA: Porque en mayo siempre se visten. ¿No lo hacían así donde usted vivía?

TORREALBA: No. Yo vengo de lejos. Del Sur y para el interior.

CORNELIA: Es para una fiesta. Primero hay procesión y después, fiesta.

TORREALBA: ¿Usted va a ir?

CORNELIA: ¿Adónde?

TORREALBA: A la fiesta.

CORNELIA: A lo mejor. (*Pasándole un zapato*). Pruébese éste. ¿Cómo le queda?

TORREALBA: Mejor. Mucho mejor.

CORNELIA: Páseme el otro entonces.

GONZALEZ: ... Y arrastrando lo tuvimos que llevar hasta el retén. Y allá lo tenemos. Pero mi teniente Bruna dice que el lugar no es seguro... Se nos han arrancado otros, y por eso, tenemos que llevarlo...

CORNELIA: ¿Usted ya lo vio?

TORREALBA: ¿Al preso? No, todavía no. ¿No ve que recién acabo de llegar?

CORNELIA : ¿Y adónde lo llevan?

TORREALBA: No me acuerdo del nombre de la ciudad. Primero vamos con mi cabo a Los Coligües, creo, al retén, a buscarlo. ¿Queda lejos?

CORNELIA: Hay que atravesar el caserío y después seguir derecho.

TORREALBA: Lejos es entonces.

CORNELIA: ¿Y qué cree que le harán?

TORREALBA: ¡Quien sabe! Mi cabo dice que es peligroso.

CORNELIA (*Con cierta vehemencia*): No. No lo creo. Por lo menos no lo parece.

TORREALBA: ¿Usted lo conoce?

CORNELIA: Lo he visto... de lejos. Como todos. Siempre lo veía cuando era más chica, flameando como una bandera al viento cuando galopaba por la loma. Por eso le dicen Abanderado.

TORREALBA: ¿Cómo así?

CORNELIA: Porque parecía bandera. Algo rojo como sangre usaba y un pañuelo blanco amarrado en la cabeza. De lejos, todo eso ondeaba, como en los días de la fiesta, como dicen que se ven los barcos cuando entran al puerto.

TORREALBA: ¿Usted conoce el puerto?

CORNELIA: Queda demasiado lejos.

TORREALBA: Yo tampoco lo conozco.

CORNELIA: Pero así me dijeron que eran los barcos.

TORREALBA: Así debe ser.

CORNELIA: Y así es como siempre lo veía. En las tardes, cuando iba a pasar el tren de las siete..., desde lejos oía el pito y me asomaba entonces. «¿Qué estás mirando, Cornelia?», me decía mi mamá. «Nada, nada», pero el corazón se me helaba cuando lo veía atravesar el cerro...

TORREALBA: Usted se llama Cornelia.

CORNELIA: Sí.

TORREALBA: Yo también. Quiero decir, Cornelio. Cornelio Torrealba. No es nombre común.

CORNELIA: No, no es.

TORREALBA: Mi padre se llama Cornelio. Cornelio Torrealba.

CORNELIA: Como el mío. Quiero decir, que el mío también se llama Cornelio, Cornelio Salas. Siempre quiso tener un hijo para que llevara su nombre; pero yo fui única.

TORREALBA: Y por eso le puso Cornelia.

CORNELIA: Por eso.

GONZALEZ (*Desde atrás*): ¡Torrealba!

CORNELIA: Mande, mi cabo. (*Rápidamente se yergue con un sólo zapato. Ella trata de ponerle el otro*). Aquí estoy, mi cabo.

GONZALEZ: Nos vamos a tener que ir yendo.

ALFEREZ: Tómese uno para el camino, mi cabo. Es mayo; pero el sol pica más que en verano.

GONZALEZ: Torrealba, ven tú también a hacerle honor a este trago. No hagas desaires... Mírenlo, apenas llegado ya

tiene a las hembras a sus pies.

TORREALBA (*Turbado*): Este...

GONZALEZ: Nada de cuentos. Tómame un trago y sigamos. No vaya a ser cosa que te enredes el primer día y ni llegues al retén. (*A los demás*). ¡Hasta pronto! Y que les vaya bien en la festividad.

ALFEREZ: A lo mejor nos cruzamos, mi cabo.

GONZALEZ: ¿Dónde?

ALFEREZ: Por el camino, quiero decir. ¿Que no se llevan al Abanderado hacia Pueblo Bajo?

GONZALEZ: Así es.

ALFEREZ: Y nosotros vamos a La Calavera. Los caminos se cruzan.

GONZALEZ: Cuando menos entonces, pues.

ALFEREZ: Y a lo mejor hasta lo entusiasmos para que nos acompañe a la festividad.

GONZALEZ: Usted sabe que a mí me gusta otro tipo de fiesta, Alférez.

HOMBRE 3: Esta también va a ser regada.

HOMBRE 2: Claro, después de la procesión.

MUJER 2: Y este año sí que no se la puede perder, mi cabo. Doña Paula Beran va a prestar su Cristo Agonizante.

MUJER 1: Lo van a pasear en andas.

MUJER 2: Tiene las costillas perforadas y el corazón a la vista. ¡Baila con el viento!

GONZALEZ: Quién sabe, pues, quién sabe. Es cosa conocida que el servidor público no es dueño de su tiempo.

ALFEREZ: ¡Trate al menos!

TORREALBA (*A Cornelia*): Hasta luego, y gracias.

CORNELIA: De qué, pues.

TORREALBA: A lo mejor nos vemos luego.

CORNELIA: A lo mejor. *(Se despiden y salen González y Torrealba).*

HOMBRE 3: ¡Se fueron los servidores públicos!

MUJER 2: ¡Chit! Que los pueden oír.

ALFEREZ *(Cantando)*:

Todos le daban maltrato.
Aquellos hombres sin credo
lo pasean como a preso
desde Herodes a Pilatos.

MUJER 1 *(A Cornelia)*: ¿Qué te pasa?

CORNELIA: ¿A mí?

MUJER 1: Sí. ¿Por qué te has quedado mirando?

CORNELIA: Por nada.

ALFEREZ *(Irrumpiendo)*:

Lloren, flautas, mis hermanos,
donde se murió el Señor;
yo doblaré mi bandera
al redoble del tambor.
(Suenan algunas flautas. Hay un redoble prolongado de tambor).

Escena Segunda

En el retén de Los Coligües

El teniente BRUNA está terminando de afeitarse. El ordenanza, ZUÑIGA, permanece de pie frente a él. Sostiene en su mano derecha un lavatorio lleno de agua y, en la izquierda, un espejo en el cual se mira el teniente. De pronto, BRUNA aleja la mano que sostiene el espejo y mira el rostro del ordenanza, como si fuera un espejo, como si en verdad viera su imagen reflejada ahí. ZUÑIGA tiene un rostro joven muy ingenuo, casi el de un niño.

BRUNA: Es una lástima, Zúñiga, que no tengas un espejo en vez de cara.

ZUÑIGA: Sí, mi teniente.

BRUNA: Y además, al verte, podría creer que la vida no me ha marcado con todas estas pequeñas cosas que descubro en el verdadero espejo. ¿Me comprendes?

ZUÑIGA: Sí, mi teniente.

BRUNA: Las pequeñas arrugas, el gesto cada vez más cansado de los labios, esta mirada sin luz, esta mirada que ya nada espera, lo que va sucediendo, en fin.

ZUÑIGA: Sí, mi teniente.

BRUNA: No contestes todo el tiempo. Los espejos, los realmente buenos, no hablan. A lo más repiten lo que uno dice. Lo repiten en forma inaudible. ¿Me comprendes? Ah..., no... contestes.